

CURACION SOCIAL

Hay que reconocer que el ministro de la Gobernación señor Piniés revela ser un terapeuta social, al dictar un real decreto que tiende a la regeneración de la raza, sin duda asustado ante la estadística que presentó el doctor Chicote, una eminencia médica, en la que se queja del aniquilamiento de aquella debido a una gangrena causada por enfermedades infecciosas, que al omitir su nombre, las damos, quizás, a conocer mejor.

Es posible que algunos espíritus zambones lo tomen a chacota, porque suele suceder que problemas que debieran interesar a la masa social, por su conservación y desarrollo, sean criticados y tomados a risa.

Defecto de una gran parte de la humanidad que no gusta de que se manifiesten públicamente las úlceras sociales y ponerlas remedio.

Ocurre lo que el médico que cura una úlcera a un enfermo y por no hacerle sufrir emplea emplastos que cubren la podredumbre, pero el paciente es invadido poco a poco hasta que al fin pasa a otra vida desconocida.

El señor Piniés no se anda con emplastos ni ceratos. Galeno avisado coje un paño embebido en agua fenicada y lava la llaga hasta que aparece la sangre viva y de un quejido el enfermo y, con solo el lavado, acaba por cicatrizar la herida.

Hay que felicitarle y hastasecundarle por el interés que se toma en querer sanear nuestra raza.

Las enfermedades que se proponen extirpar son, origen de otras muchas por medio de la generación de la que surgen pobres e inocentes seres que sufren el pecado de sus progenitores. De ahí tanta mortalidad infantil, si los padres no tienen medios para poder combatir el germen que llevan en su sangre, y los que resisten son plantas sin lozanía, amortiguadas, que en lugar de dar expansión y alegría al jardín humano, le dan cierto aire de cementerio por verse muchos esqueletos con entelequia, que pasan una vida lánguida aún siendo beneficiados por la fortuna.

¿De qué sirven los bienes si no se pueden gozar de ellos?

Para más dolor al contemplar al campesino refozar por el campo lleno de vigor y alegría; rebosar salud. La mejor fortuna que puede apetecer el hombre al verse apto para la fatiga que dé el trabajo.

En las prescripciones que da el señor ministro, no existe la más importante, la que evitaría la propagación de estos estados endémicos, de escrofulismo, raquitismo, cretinismo, tuberculosis etc. y es que falta ser ley que al ir a contraer estado los individuos debieran antes ser inspeccionados por una comisión médica, y oponerse al enlace si alguno está averiado, hasta tanto estuviere sano.

Este sería el mejor punto de partida para que los vástagos que nacieran estuvieran exentos de las enfermedades expuestas.

¿Sabeis cuánto cuesta al año un tuberculoso tratado en un sanatorio nacional? unas 3.000 pesetas, según una estadística publicada. Según ésta pasan de cincuenta mil los tuberculosos que hay en nuestro país. Hoy tenemos cinco sanatorios; si van aumentando y recogen esa cantidad de tuberculosos supone en gasto una friolera de ciento cincuenta millones de pesetas. Otro Marruecos.

Bien merece, pues, que este problema de regeneración de la raza sea estudiado.

Como hay criaturas de naturaleza endémica, aún de padres sanos sería necesario que en las capitales y pueblos que no puede sostenerse un establecimiento hidroterápico, que en España abundan, los Ayuntamientos viniesen obligados a sostenerlos, en los que los niños débiles pudiesen recibir duchas para fortalecer su sistema nervioso y facilitar su desarrollo.

Esto no supone ningún gasto para el Municipio, porque con una sola basta, existe el médico de beneficencia, los aparatos no son costosos y además los niños de familias acomodadas pagarían una tasa módica que ayudaría a cubrir los gastos, y a ciertas horas sería

gratuito el servicio para los menesterosos.

Por medio de la hidroterapia y masaje se tonificarían estas naturalezas delicadas y podrían transformarse en fuertes.

En Holanda, Dinamarca, Suecia y muchos estados de la Confederación germánica está montado en los pueblos en el Municipio no solo la sala hidroterápica, sino que además existe una completa colección de instrumentos quirúrgicos y ortopédicos a los que recurre el médico, si no lo tiene, para ciertas operaciones en que hay que operar.

En estas naciones los Municipios velan por la salud e higiene del niño, para hacerlo un ciudadano que al entregarlo al Estado, al ingresar en el Ejército, sea apto para poder defender la patria.

Y es que estos países comprenden lo que es la vida del Estado «Todos para uno y uno para todos». De ahí nace la unión, la fuerza y el poder, se es ciudadano. España, por desgracia, no comprende esta existencia; somos individualistas y así andamos. Formamos una patria de nombre por no serlo de hecho nos depauperamos física y económicamente, por eso precisa regenerarnos. De no haber enmienda, andando el tiempo es probable que en lugar de querer ejercer protectorado sobre otro país, tengamos que sufrirlo, Dios no lo quiera, de otro pueblo más práctico y vigoroso.

E. Tarruella

2 Junio 1922.

El doctor Sarachaga

especialista en enfermedades de la piel, venéreo y sífilis, ayudante del doctor Azúa, del Hospital de San Juan de Dios en Madrid, tiene abierta su consulta extraordinaria en Albacete, todos los domingos de once a una de la mañana y de cuatro a seis de la tarde, en el Gran Hotel.

J. NOGUES

CIRUJANO—DENTISTA
Mayor, 22. principal

Notas sueltas

—¿Está Usted inapetente? ¿Tiene usted vahidos? ¿Siente temblor en las piernas? ¿No son regulares sus períodos? ¿Padece usted de insomnios? ¿Tiene usted hijos raquíticos enfermizos ó en el estado de crecimiento? ¿Padece usted de anemia ó está neurótico? Para estos casos los más eminentes médicos prescriben Hipofosfitos Salud que es el más científico y poderoso de los reconstituyentes, el que da con rapidez sangre, fuerza y vigor.

Aprobado por la Real Academia de Medicina. 32 años de éxitos crecientes. Rechácese todo frasco donde no se lea con tinta roja en la etiqueta exterior Hipofosfitos salud. Pues se advierte que con frecuencia se ofrecen imitaciones.

Han marchado:
A Villarrobledo, don Jacinto Fernández Rodríguez y su distinguida señora.

A Cartagena, el soldado de cuota don Miguel Martínez Gallego.

A Madrid, don Pedro Jiménez Molina, don Clemente Vergara Rojo, don Waldo José López Ruiz, don Valentín Flores Navarro, don Francisco Tobarra, don Manuel Esparcia Grande, don José Grós y su señora, don Serafín Rico García, don Julio López Ferrero, don Mi-

guel Garvi, Romero y don Leovigildo Ramírez Mondéjar.

A La Gijeta, don Régulo Piquequeras.

Economizará usted salud y dinero fumando exquisitos emboquillados ELEFANTE. Demostración práctica en todos los estancos.

Cura el estómago el Elixir SAIZ DE CARLOS

E. CUELLAR

Médico Odontólogo
CONCEPCION, 12.—ALBACETE

R. Merino Terol

MÉDICO PROFESOR DEL INSTITUTO RUBIO DE MADRID
Especialista de las enfermedades del estómago, intestino e hígado.
Consultas de 11 a 17, hasta el día 15 del corriente mes.

MAYOR 54, Albacete.

ARTURO QUIJADA

Procurador y Abogado

Agente de Negocios
Plaz de Cristóbal Sanchez, 5
ALBACETE

EL DIARIO DE ALBACETE

decano de la Prensa local



Informes: A. RUIZ
Cámaras Frigoríficas
Fabricas de Hielo
y cuanto se relacione con la industria del frío artificial
Concepción, 84. Bajo.—ALBACETE.

Folleto de EL DIARIO DE ALBACETE 92

DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

Nina la detective

NOVELA HISTORICO-SOCIAL

POR CAROLINA INVERNIZIO

pleado en una fábrica de automóviles.

Eugenio se estremeció.

Recordaba lo que Nina y la condesa le habían relatado del automóvil parado en la esquina de la calle, la noche en que fue asesinado el conde Carlos.

Ginetta prosiguió:

—Ese hombre sentía por mí uno de esos amores que llevan hasta el crimen si éste es preciso para la posesión del objeto amado.

»Pero yo amaba a Carlos, el cual, en cambio, me trató como a una mujerzuela cualquiera.

»¡Qué tontas somos las mujeres!... Despreciamos a los que nos aman, y nos convertimos en esclavas de los que nos desprecian.

»Yo no olvidaré nunca la injuria atroz

que Carlos me dirigió... si bien aquella injuria...

Se interrumpió. Eugenio, que la escuchaba anhelante, la dijo con dulzura:

—Continúa, luzero mío...

Ginetta se pasó una mano por la frente.

—¿Qué te decía?... ¡Ah! hablaba de René... aquél me amaba con locura, y sufría porque yo amaba al conde.

»René era mi confidente... sufría conmigo... Y cuando supo que Carlos, después de rechazarme como una criatura vil, se había entregado en cuerpo y alma a Nina...

»¡Oh! ¡Qué atroces torturas las de aquellos días! ¡qué gritos! ¡qué imprecaciones, qué llantos!... ¡Cuánto habría yo dado entonces por ver muerto al hombre que amaba y odiaba al mismo tiempo!...

»René veía mis lágrimas, asietta a mi súplica... y un día me vengó sin que yo le impulsase a ello.

»El sabía muchas cosas de la familia de Carlos. Le había informado su padre, un tal Guilio Bresson, de origen francés, luchador de profesión, que estaba en íntima relación con una pariente del conde Carlos: una viuda cuyo hijo sostenía relaciones amorosas con la señorita de compañía de la condesa Sveglia.

»René conocía por su padre las costum-

bres del conde... y como Guilio Bresson había algunos días que tenía un automóvil a prueba, René se sirvió de él para perpetrar el crimen.

»¡Oh! ¡qué horas de angustia! ¡Aún las recuerdo!...

»René me había dicho que vendría a verme a las cuatro de la mañana, porque quería una confidencia antes de marchar a Francia, como había decidido.

»Le aguardé.

»Cuando comparéció quedé aterrada al ver su palidez. Se dejó caer desfallecido sobre una silla, y con voz sombría me dijo:

—Ya no llorarás más, ni estarás celosa de Nina. Tu deseo ha sido satisfecho. Te he desembarazado del conde Carlos: lo he matado.

»Lancé un grito y me puse en pie de un salto horrorizada.

—¿Le has matado?

—Sí... me dijiste que le odiabas y que querías verle muerto...

»¡No es verdad!—grité.—Miserable, vete... me causas horror.

»René se había puesto aún más lívido.

»—¿Me rechazas después de haberme convertido en un asesino?—gritó a su vez. Y sin embargo, en tus impetus de odio salvaje, jurabas que te entregarías en

cuerpo y alma a quien te vengase! Ginetta, no me bagas enloquecer. Antes de amarte, no era malo; aunque el destino me impulsaba por tu amor. No me rechazas; yo regresé a Francia con mi padre, prometéme ir a unírte conmigo.

»Quiso cogérme una mano y yo lo evité.

»No me toques—le dije.—Tú has matado al único hombre que yo he amado; ¡me das horror, te detesto, te odio!

»A René se le descompuso el rostro terriblemente, y con un acento que hizo vibrar todos mis nervios, me preguntó:

»¿Es verdad lo que dices?

»Si respondí que sí, me echó encima con ímpetu de fiera; se me echó encima, me estrechó rabiosamente entre sus brazos, me besó y se marchó apresuradamente.

»No le vi más, pero supe que había partido con su padre.

»Un mes después, recibí un periódico de París, con el siguiente suelto que recuerdo textualmente:

»—Ayer intentó suicidarse disparándose un tiro en el costado derecho, un joven de unos veinticinco años de edad, albergado en una fonda de infimo orden. El infeliz fue trasladado al hospital, donde se le practicó la primera cura: tenía lesionado el pulmón.